

EN PUNTO

había comprendido bien una lección importante: que el primer motor de la revolución rusa fue acabar con una guerra que, a los ojos de los soldados y del pueblo, se presentaba como un gigantesco negocio de los generales y de la corte, que era una sucesión de desastres militares que se pagaban con sangre popular y con el hambre de todos. La segunda revolución, la bolchevique del 7 de noviembre, acabó al mismo tiempo con Kerensky y con la guerra. No se puede resistir la tentación inútil de imaginar que si Kerensky no hubiese querido proseguir la guerra, su destino, el de su país y el del mundo hubieran sido muy distintos. Quizá tampoco... Pero la realidad es que Kerensky fue simplemente un político que se equivocó, una estrella fugaz en la constelación de la Europa de entonces, y no tuvo más importancia que la de su error. Todo lo demás es mitología. Esa mitología se ha convertido en su más importante medio de vida a partir de entonces. Sus memorias, su diario, sus artículos y el servicio anticomunista a las autoridades de Washington le han mantenido hasta ahora, y el reflejo de esta mitología es lo que hace que se soliciten sus declaraciones. No ha cambiado nada. La barbarie y el caos que profetizaba hace cincuenta y dos años son el contenido de lo que sigue profetizando ahora. Es un hombre constante.



—Yo amo la naturaleza, pero no soy correspondido.

«LE FIGARO», EN HUELGA

¿Fin de una sociedad de redactores?

El 12 pasado no salió a la calle «Le Figaro». Unos días antes, los periodistas habían decidido hacer la huelga por 83 por ciento de los votos, así como ocupar, a partir del domingo 11 de mayo, las oficinas del periódico e impedir su aparición. Por su parte, los obreros de la imprenta, sin participar en la huelga, declararon que apoyarían la acción de los periodistas.

Si Jean Prouvost, uno de los propietarios de «Le Figaro», no cedía o no proponía una solución aceptable a los periodistas, la huelga debería llevarse a cabo con fecha ilimitada a partir del 12. En previsión de esta huelga, «L'Autore» tomó medidas para aumentar su tirada.

Desde hace diecinueve años, una sociedad gestora lleva «Le Figaro» sin que pueda intervenir la sociedad propietaria. Efectivamente, los dueños del periódico —Jean Prouvost («Paris-Match», «Marie-Claire», «Télé 7 Jours»,

la Lanera de Roubaix) y Ferdinand Béghin (azucareras)— no lo eran de forma absoluta. Ahora pueden serlo, ya que la sociedad gestora dejó de existir legalmente el 13 de mayo.

Jean Prouvost quiere controlar «Le Figaro». «Es una idea fija», dicen los periodistas, y, para conseguirlo, Prouvost ha propuesto como presidente-director general de la sociedad de gestión a Raymond Cartier o a Jean Ferran, que trabajan para él en «Paris-Match» y en R. T. L. A los redactores que exigen intervenir en la elección del presidente-director general, les ofrece una forma de participación. Pero éstos se han negado y han propuesto por unanimidad —excepto por dos votos—, que Raymond Aron ocupe la presidencia de la sociedad de gestión.

La sociedad de redactores no discute el derecho de propiedad, sino que quiere disponer de una minoría que pueda intervenir en los grandes asuntos,

en el seno de la futura sociedad de gestión. Y esto es lo que no quiere admitir, a ningún precio, Jean Prouvost; por su parte, Ferdinand Béghin,

que detenta la mitad del capital, no parece estar de acuerdo con él y está dispuesto a oponerse a Prouvost apoyando a los periodistas.

Economía

LOS TERRATENIENTES Y EL IMPUESTO

La extensión del fraude fiscal en la sociedad española alcanza cada día límites más amplios, habiéndose constituido en un significativo exponente de algunos de los criterios básicos que aún definen al capitalismo español. Por supuesto, es en el Impuesto sobre la Renta —al que ya nos hemos referido en otras ocasiones— donde la evasión de la carga tributaria está más generalizada. Sin embargo, aunque con menos entidad cuantitativa, no es nada despreciable el fraude que se produce en la recaudación del Impuesto territorial sobre la riqueza rústica y pecuaria. La cuestión no reviste, por otra parte, ninguna novedad. Es un rasgo tradicional —y casi constitutivo del mismo— la querencia del gran propietario latifundista a evadir cualquier tipo de impuestos, de cualquier clase y condición que éstos sean.

Como un testimonio —entre otros muchos— de esa actitud de los terratenientes, se puede recordar la tenaz y sistemática oposición a los Reales Decretos, que dictó Calvo Sotelo en 1926 para combatir el fraude fiscal en la Contribución Territorial Rústica y Pecuaria. «Los más significados propietarios de la nobleza española —en palabras del ministro— suscribieron un famoso y mal redactado mensaje, que encabezaban altos dignatarios palatinos. Se organizaron conferencias casi mitinescas... La capitulación fiscal del Poder, ante tales presiones, en aquella ocasión, no debe considerarse sino como un eslabón más de una serie de hechos de idéntica naturaleza, que se suceden a lo largo del tiempo.

Cabe referirse también a la evolución que experimenta la recaudación de este tributo en los últimos años. Se observa que, ante la petrificación de las bases del tributo y su escasa relevan-

cia durante los años cuarenta y cincuenta, se optó, primero, por la creación de un Gravamen Complementario para las grandes fincas, y, después, por su sustitución por la llamada Cuota Proporcional, que sujeta a imposición a aquellas explotaciones agrarias con líquidos impositivos a 100.000 pesetas anuales, configurándose de forma similar a la existente en las actividades industriales. La vida de esta última figura impositiva no ha podido ser menos relevante: El Ministerio de Hacienda se ha visto obligado a proponer su inmediata desaparición, dado que, al parecer, los costes generados por su recaudación superaban a los propios ingresos.

Como consecuencia de todo ello, la Contribución Territorial Rústica, que en 1960 ascendía a 1.382,3 millones de pesetas, en 1968 sólo alcanza 927,1 millones de pesetas, dato mucho más relevante si se considera la evolución experimentada, durante ese período, por los precios y por el producto neto agrario. En el primer caso, resulta que la recaudación obtenida en 1968 equivale en 1960 a sólo 551 millones de pesetas, lo que supone un descenso, en valores reales, de un 61,2 por ciento. En cuanto a su relación con el valor añadido por la Agricultura, que puede considerarse como un índice de la presión fiscal sobre el sector agrícola, los hechos aún son mucho más relevantes. De alcanzar un porcentaje de un 10,5 por ciento en 1960, en el último año sólo representa un 3,6 por ciento (véase el cuadro siguiente), que muestra la verdadera entidad del impuesto, y revela el trato favorable de que son objeto los terratenientes, principales sujetos del mismo.

Muy posiblemente, será difícil encontrar en la historia de los sistemas fis-



art buchwald

LAS ESPOSAS DE LOS MINISTROS

WASHINGTON.—La idea de que las esposas de los miembros del gabinete de Nixon acompañen a sus maridos a las reuniones del mismo, puede tener muchas virtudes, pero también sus inconvenientes. Aunque nada especial ocurriera en las reuniones, odiaría ser miembro del gabinete al regresar a casa por la noche.

—Desde luego —dice la esposa del ministro— no se puede decir que hayas abierto la boca en la reunión.

—Pero, querida, el Presidente no pidió que hablara.

—¿Y puedo preguntarte por qué no te consultó? Tu departamento es tan importante como cualquier otro. Me sentía tan ridícula, al verte sentado allí, sin decir nada...

—Pero otros días, yo soy el que hablo todo el tiempo. Última que llegaste en un mal momento.

—¡Vaya una historia! No estoy segura de que el Presidente sepa siquiera lo que estás haciendo. Por lo menos podrías haber leído un informe, o algo así. Si tú no tienes orgullo, yo sí lo tengo.

—Estás exagerando. Muchos de mis colegas no dijeron nada tampoco. Sólo se dedica un tiempo determinado a las reuniones del gabinete y tenemos que discutir aquello que le interesa especialmente al Presidente.

—¿Viste lo ancha que se ponía la señora Laird cuando su esposo estaba explicando la capacidad nuclear de los rusos? ¿Y viste la reacción de la señora Rogers cuando su marido dijo que no creía que los rusos se propusieran realmente usar su capacidad nuclear? Entre tanto, yo estaba allí sentada, como una muñeca.

—Mira, creo que tienes una idea completamente equivocada de lo que son las reuniones ministeriales. El presidente os invitó simplemente para que os hagáis idea del trabajo de vuestros esposos. Yo creí que te interesaría...

—Sí, si hubiera sabido qué es lo que haces realmente. Pero que yo sepa, la única contribución tuya fue verter un vaso de agua cuando el secretario del Tesoro leía su informe.

—Querida, eso fue un accidente. Bob Finch también regó el agua y su esposa no se enojó.

—Me enfadé cuando vi que ni siquiera se mencionaba el accidente; esa es la atención que te prestan.

—Eres demasiado sensible, mujer. Todo el mundo sabe cuál es mi labor.

—Entonces, ¿por qué se me quedó mirando la señora Nixon, como si no me conociera?

—Por supuesto que sabe quién eres. Estabas sentada a mi lado, ¿no es así?

—Pero tal vez ella no sabía quién eres.

—Vamos, no creí que lo ibas a tomar tan en serio. La intención de la reunión no era demostrarnos recíprocamente lo brillante que somos. Estábamos dirigiendo los asuntos de la nación, simplemente.

—Pero podrías haber dicho algo sobre la inflación...

—También podría haber dicho algo sobre el Oriente Medio y los proyectiles dirigidos, pero, ¿con qué objeto?

—Por lo menos habrías conseguido que la señora Agnew se diera cuenta de tu presencia.

—Francamente, creí que la reunión había quedado muy bien...

—Bueno, puedes decir lo que quieras, pero yo no voy a asistir a ninguna de esas reuniones hasta que tenga la seguridad de que vas a hablar.

—Pero, ¿de qué?

—Para pedirle al Presidente otro vaso de agua fresca, si no tienes otra cosa que decir.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

cales otros tributos que experimenten un menor grado de flexibilidad, una mayor insuficiencia y, en general, una evolución tan raquítica. En cuanto a la equidad del impuesto, basta recordar que, dado que la totalidad de las pequeñas explotaciones están exentas del tributo y que la mayor parte de las medianas no están sujetas a la cuota proporcional, son las grandes

explotaciones las que se benefician de esta situación. Una vez más —tal como ocurre en el ámbito de la política de precios agrícolas—, bajo el viejo pretexto de la crisis agrícola y de la ayuda al pequeño campesino, los grandes terratenientes son los más directamente beneficiados de una situación que empieza a rebasar todos los límites previsibles. ■ A. L. M.

EVOLUCION DE LOS INGRESOS POR LA CONTRIBUCION TERRITORIAL RUSTICA

	Recaudación por la Contribución Rústica	Presión fiscal (porcentaje sobre el valor añadido por la Agricultura)
1960	1.382,3	10,5
1961	1.384,0	9,4
1962	1.383,8	8,2
1963	1.349,7	6,9
1964	1.366,4	7,7
1965	1.344,9	6,6
1966	913,1	4,0
1967	907,7	3,9
1968	927,1	3,6

Fuente: Ministerio de Hacienda y C. N. E.

LIBROS



«El atajo», de A. Sarrazin

El fenómeno Sarrazin, ¿sólo es posible en Francia? Bien se sabe que el clima cultural francés encierra excepcionales potencialidades que, desplegadas, integran, absorben y digieren sin dificultad toda creación intelectual digna de consideración. El de Albertine es, ciertamente, un fenómeno marginal que surge apartado de las corrientes tradicionales, que no puede encasillarse, que es singular, único; otras culturas acaso lo desdicharían o le otorgarían un valor puramente sensacionalista. La francesa, sin embargo, lo incorpora sin trabajo, lo eleva hasta su justo nivel y lo asimila para situarlo en el lugar que le corresponde, que brando toda la esclerosis académica que pudiera oponerse a la operación.

No, no es una obra académica la de Albertine Sarrazin. Sus tres novelas —«El astrágalo», «La fuga» y, la última, «El atajo», que acaba de aparecer en castellano (Editorial Lumen, Colección Palabra en el tiempo)— constituyen el relato, apasionado unas veces, minucioso en exceso otras, siempre desbordante, irrespetuoso con los límites que la preceptiva impone —esto supone un elogio en la mayor parte de las ocasiones en que se produce—, exaltado, formulado como una requisitoria contra la sociedad. Este alegato continuado, encarnado en su propia persona y corlado prematuramente por un desgraciado accidente clínico al mismo tiempo que la vida de la infortunada Albertine, nos autoriza a examinarlo como tal, porque la autora nunca esconde su propósito, y enton-

ces lo vemos situado en un punto polar con relación a la literatura francesa de masas, que tiene en François Sagan a su mejor representante. Aquí en estas ardientes páginas de «El atajo», sería inútil buscar bella literatura ni tratar de adivinar tras ellas una noción esteticista del arte, una concepción del mundo conformista, una visión del contorno que reclame nuestra adecuación a las cosas tal como son. Por el contrario, si existe una literatura de protesta, el legado de la Sarrazin hay que instalarlo en su vanguardia. Esta rebelde, defendiéndose con uñas y dientes en plena selva, entre lobos de todos los pelajes, criatura marginada y marginada, nunca se desespera; lucha con todas sus fuerzas para no ahogarse, para evitar que la devoren, que la arrastre la corriente, que el absurdo la domine. Se resiste a la domesticación de la sociedad de consumo, a la pura encarnación de la «enragee» un sostenido grito contra la opresión que sufre el que se siente y se con prueba fuera de juego. Una sinceridad de este calibre se advierte muy pocas veces: «Si he preferido ser escritor es porque he querido ser conocido en mi distrito, en mi continente, por que he querido superar mi nada, mi desdichas y mi muerte, porque así no ser queda modificado y me sobrevivir a mí misma; y más allá de los derechos de autor veo el derecho del autor el derecho a robar en el ámbito de la vida de las gentes, el derecho a robarles un poco de su historia, un poco de sus recuerdos, el derecho a recuperar algo del inmenso montón de palabras perdidas en el aire, de existencias ignoradas». Albertine Sarrazin escribe grito, porque quiere afirmarse a sí misma en medio de un mundo que la desconoce, la desprecia, la encierra o la arroja fuera de sus coordenadas crueles.

Inconformista, rebelde hasta el fin anarquizante, protestataria, sabia en la superación de su propio delirio de esperado, su palabra es un eco —o un expresión— de la que podrían pronunciarse todos los desplazados, todos los «condenados de la Tierra», los humillados y ofendidos, porque cuenta sus propias humillaciones, porque cuenta, en todas sus dimensiones, la historia de la ofensa que ha recibido. Y reclama con poderosa fuerza su derecho a ser reconocida como ser humano a través de su imagen de escritora. Ciertamente, ha ganado la partida.